Pura pena



Una de las cosas más raras de este mundo es que no hayamos aprendido a matar después de haber matado tanto. Se demostró hace poco en Alabama (EE UU) con Kenneth Eugene Smith, que llevaba más de 30 años en el pasillo de la muerte. Si no soportamos 10 minutos de espera en la cola del supermercado, imagínense 30 años en la de la parca. Imaginariamente hablando, debió de morir dos o tres millones de veces, pobre. Pero las autoridades se habían propuesto matarlo también de manera real y allá que fueron.

El problema es que no conseguían acertar. En 2022, el verdugo (un incapaz, un torpe) le dejó el brazo hecho un colador sin dar con la vena adecuada y lo tuvieron que enviar de vuelta a la cola mientras discurrían nuevas formas de cargárselo.

—¡Pero por Dios —daban ganas de gritar a los verdugos—, sédenlo ustedes con propofol, como si fueran a hacerle una intervención sin importancia (pongamos una gastroscopia), y, ya una vez dormido, mátenlo con sus propias manos, rájenle el cuello! ¡Disfruten, coño!

No se les ocurrió, de modo que decidieron ensayar nuevos métodos, como si les faltara (o nos faltara) práctica en esto de acabar con la gente. Así que lo inmovilizaron sin piedad en la camilla de la imagen, situada en el lugar más frío del mundo que quepa imaginar, y le provocaron la asfixia con nitrógeno. Estuvo retorciéndose unos 15 minutos. “Los amo a todos”, dijo antes de que le colocaran la mascarilla. Quizá trató de ser irónico o quizá no. Hay días en los que uno se levanta odiando a la humanidad y en los que se acuesta amándola de puta pura pena que le da.

(*El País*, 18 de febrero de 2024)

Bohemios, suicidas y seductores

La vida convulsa y bohemia de un artista, adornada de perversiones, suele ser muy atractiva



El bebedor de absenta', de Picasso, fue subastado en Christie's de Londres en 2010

La vida convulsa y bohemia de un artista, adornada de perversiones, de amantes suicidas y borracheras, suele ser muy atractiva. No hay historiador del arte que a la hora de escribir sobre Caravaggio no recuerde que fue un asesino y que pintaba las vírgenes y los ángeles tomando como modelos los adolescentes degenerados que vagaban por el puerto de Nápoles. Picasso decía de Modigliani que siempre se las apañaba para coger las cogorzas más clamorosas en el cruce de Montparnasse con el bulevar Raspail, entre La Coupole, La Rotonde y el Dôme para exhibir su desdicha ante el mundo. En uno de estos cafés dibujaba con un anuncio en los pies: “Me llamo Modigliani, soy judío, cobro cinco francos”. A veces pintaba un retrato a cambio de una botella de absenta. A medida que caminaba hacia la destrucción su genio se hacía más patente y sus pinturas comenzaron a cotizarse. Cuatro años antes, por uno de sus cuadros pedían 300 francos. El marchante Ambroise Vollardun día pasó por una galería y preguntó por el precio de un desnudo que había en el escaparate. “Vale 350.000 francos”, le dijo el galerista. Por supuesto, Modigliani ya había muerto. Picasso en lo más alto de su gloria llegó a pintar sentado en un baúl lleno hasta los topes de billetes de 100 francos. Paradójicamente, su pintura más valorada era la de sus tiempos de miseria cuando encendía la chimenea con dibujos de la etapa azul en el Bateau Lavoir de Montmartre. Durante muchos años Picasso estuvo atormentado por el dolor de muelas. Tal vez este detalle marcó el destino del pintor Óscar Domínguez quien en el fondo de su destrucción etílica consiguió por fin que Picasso lo recibiera. Quería pedirle ayuda para remediar su extrema pobreza. Habían sido muy amigos. Óscar lo veneraba. En ese momento, Picasso solo estaba pendiente de la muela del juicio y lo echó de casa. Óscar Domínguez acabó cortándose las venas en la bañera. Artistas limpios y ordenados o bohemios y suicidas. ¿Qué precio alcanzaría hoy en una subasta la oreja de Van Gogh?(El País, 10 de marzo de 2024).